Vidas prometidas

Pepa Merlo

Estamos en plena crisis. Los mercados se hunden un poquito más cada día y con ellos se precipita también hacia el abismo el bienestar alcanzado en las últimas décadas. La gente mira con pavor unos datos bursátiles tan incomprensibles como temibles. La tranquilidad con la que cerrábamos los ojos cada noche antes de dormir ha desaparecido y las ovejas vuelven a pastar inquietas por el espacio del dormitorio. Demasiadas ovejas para tan poca capacidad de concentración.

Volvemos al cuento antes de ir a la cama para espantar *ovis aries* y miedos. De otro modo no se entiende que cuando, en situación económica crítica se impone el ahorro y se limita el gasto a las necesidades básicas, entre las que no suelen contarse precisamente los libros y mucho menos los de relatos, Guillermo Busutil agote en tres meses una edición completa de su libro *Vidas Prometidas*.

Leemos en la contraportada: «Trece historias en las que vivir el pasado, el presente y el futuro, para huir de esta realidad defectuosa». Quizás esa promesa de huida funcione como reclamo para llevarse un ejemplar a casa, colocarlo en la mesita junto a la lámpara y el vaso de agua y dejarse llevar por otra realidad más perfecta, es decir, menos real. Abrimos el libro y desde la cita inicial («Tienes que vivir vidas. No la tuya,/no solo la acordada, también las aledañas, las pospuestas,/ las previas, las futuras. Aurora Luque, *La siesta de Epicuro*) se nos promete un narcótico eficaz contra las Standard&Poor's, las Moody's, las Fitch y demás agencias de calificación de riesgos, de clasificación de créditos, de *rating*... Y como el niño al que se le tranquiliza en la

---

Guillermo Busutil: *Vidas Prometidas.* Tropo Editores, Zaragoza, 2011.

noche pintándole, con el tono de voz grave y quedo, un inmenso bosque y, entre las ramas espesas de los árboles, el presagio de una gran aventura, Busutil nos introduce con astucia en la piel y las peripecias de personajes *a priori* fantásticos: el niño que escribe novelas del oeste y las vende entre sus compañeros de clase sin apercibirse de que él mismo vive en un western al más puro estilo clásico, el cuento en el cuento de «Estrella sin ley». El niño que fabrica flechas con las varillas de los paraguas y al que le «gusta jugar con realismo» en «La siesta de Odiseo»; el echador de cartas y «algo más» para señoras de tan alto *standing* como él mismo en «Los futuros de Voltaire»; el extraño y fantástico limpiador de zapatos en un cuento sublime con nombre de gorra, «Maurice»; «Flor en la ventana», «lo más bello en lo más triste»; la realidad de Toledo Reyes en «La promoción Oxford» que Guillermo resuelve como el maestro de la narración que es: lo mejor que le puede pasar a alguien que espera la llegada de un pasado pospuesto, es que sea su propio presente el que aparezca con un beso en la mejilla... Personajes que no se sabe bien en qué momento, y esa es la magia de Busutil, se descubren menos poéticos y más prosaicos. Personajes tan reales como el propio lector que tomó el libro una noche para dejarse llevar por historias anormales, pero cuyas vidas resultan muy próxima a su propia vida y, como él, planifican el día al milímetro con horarios de trabajo y agendas pensadas hasta el último minuto («Shaw&Maciá»); vidas llenas, como en su propio mundo, de políticos corruptos («Gabinete Foreman»), de trabajadores con influencias («On the air»), de parados y de periodistas que se sacian con sus dramas («Un hombre llamado Proust»). La soledad de todos, tan consabida, está presente en las líneas de estas páginas que llegan para conmovernos el día del cumpleaños de Oliver Gide («El cumpleaños de Oliver Gide»), en los últimos años de la señorita Margot («La señorita Margot») o con el personaje de Jacinto Bécquer («Un paraguas amarillo»).

Y entre vida y vida, cómo no, un anuncio publicitario; el de un coche con el que conducir tu futuro: *Pollock TC*, objeto de chantaje en el cuento «Gabinete Foreman»; una clínica de belleza cuyo lema es «Ser joven ya no es un estado de ánimo», *Clínica Beauté Confidencial*; un estudio de relajación china *Youguian Tui*, para

«recuperar la felicidad de lo sencillo»; una oferta de empleo, un curso empresarial, un horóscopo, un obituario, una extraña noticia de esas que los periódicos no saben bien dónde ubicar. En definitiva una pausa, un respiro para sonreír y expulsar el aire contenido durante la lectura de un relato. El tiempo necesario de inhalar el oxígeno nuevo que nos mantenga vivos durante el siguiente relato. Los personajes de *Vidas Prometidas* amanecen en una ciudad idéntica a nuestra propia ciudad: Viviana. Como Brigadoon, Viviana aparece y desaparece a lo largo del libro envuelta en una niebla, en este caso, la del éxtasis producida por esta narración pulcra y deslumbrante. El lector se ve arrastrado hasta un grado tal de hipnotismo que cree entrar cada noche en un mundo distante y diferente al suyo propio sin darse cuenta de que accede con cada página a la vida misma.

Dice el autor en un epílogo: «No soy un gato pero he conocido muchas vidas [...] Cada una era la historia de una vida prometida» aunque no sabemos hasta que punto es la vida que define el mordaz Oliver Gide y que se ajusta demasiado a todos nosotros en el tiempo en el que nos hallamos: «La vida es un sueño hipotecado que nunca consigues que te pertenezca del todo».

Vidas Prometidas es la última genialidad de un autor de relatos, Guillermo Busutil, cuya carrera está plagada de pequeños universos perfectos hacia los que el lector, como narcotizado, se ve arrastrado sin remedio. Títulos que desde los años ochenta, y como de puntillas, han ido llenando el panorama de la narrativa española: *Los laberintos invisibles* (1986), *Confesiones de un criminal* (1988), *Individuos S.A.* (1999), *Marrón Glacé* (1999), *Drugstore* (Páginas de Espuma, 2003) o *Nada sabe tan bien como la boca del verano* (2005). Los cuentos de Guillermo Busutil son una presencia constante en las antologías, desde *Lo que cuentan los cuentos* a *Pequeñas Resistencias* su prosa limpia aparece de improviso para sorprendernos mientras su autor intenta pasar desapercibido ©